

# A los dos siglos de la muerte de Feijóo

## FEIJOO O EL ESPIRITU CRITICO



Adon Marcelino Menéndez Pelayo le resultaba un tanto irritante la figura del P. Feijóo por su crítica destructiva de la España de su tiempo. Y tenía miedo de que no se conociese al siglo XVIII sino por Feijóo, pues, a juicio del sabio santanderino en la mocedad airada en que escribió su «Historia de los Heterodoxos», había muchas cosas buenas en ese siglo.

La historia, sin embargo, que se ha hecho recientemente sobre el XVIII español, ha tenido que dar al fin la razón al fraile benedictino y ha comprendido muy bien que el P. Feijóo no podía ser otra cosa que lo que fue: un crítico destructivo. «Un pesado hombre han de llevar toda su vida, cuando aciertan a vivir — porque les han hecho nacer — en medio de una sociedad o de una época histórica llena de ignorancia, mentira e injusticia. Fue lo que le ocurrió a Feijóo.

En otras épocas o en otros ambientes, los intelectuales como Feijóo tienen otras distintas misiones: por ejemplo, esa bella misión del utopismo, de mantener a toda una sociedad en tensión, en persecución de unas metas ideales que quizás no se alcanzan en muchas generaciones, pero que hacen que la sociedad que experimenta — en esas épocas — constantemente en el sentido de esas metas y que el intelectual se sienta constantemente insatisfecho, inclinando a recorrer un camino siempre abierto a mayor justicia y verdad. Pero Feijóo nada podía hacer sino censurar, porque la sociedad de su tiempo era la contraria y la contrajusticia.

No hace falta recargar las tintas sobre la España del siglo XVIII, es demasiado negro ya el cuadro que nos brinda la objetividad histórica, sin

mezcla alguna de lirismo. Un pueblo miserable e ignorante, adorado de supercherías, atomizado y adiestrado en la servidumbre de los poderosos. Unas clases dirigentes vacías y frías, y otros ignorantes que el pueblo y viviendo a costa de este al que despojan de las tierras comunales que ellos se reparten y sobre el que cargan toda serie de impuestos que ellos mismos no pagan.

Una enseñanza que gira en torno a los fanáticos comentarios de Aristóteles y que se pregunta sobre si el suelo del cielo será de vino o de endulzaciones de campana, si los duendes tienen tacto o cómo es posible que el trigo degenera en asena «porque en aquellos cuernos o subterranios cuyas partes no son simbólicas, como no lo son las de la avena y el trigo — escribe con absoluta seriedad Gorrás —, es necesario un milagro para estos. «Nos quebramos la cabeza y hundimos a gritos las aulas — comenta entonces Feijóo — sobre sí el ente es unívoco o análogo, si trasciende las diferencias, si la religión se distingue del fundamento, si una bonita fortuna haciendo calendarios y astrologías llenos de fatales predicciones que gustan mucho, nos cuenta que en Salamanca un libro de Geometría podía ser cosa comprometida, porque pudiera ser confundido con un libro de signos brujeriles y demorados por los doctores universitarios.

La medicina, que va siendo ciencia en toda Europa, sigue aquí aplicando sangrías y ayunos con versículos de Galeno, y el propio Feijóo tiene que intervenir muchas veces, como en el caso de un pobre canónigo de Orense a quien un buen torzono, administrado a tiempo por el benedictino, le libra de una segura muerte de hambre. Políticamente el país está en constante defensa contra las ideas y los libros de más allá de los Pirineos. Corren arcos de libertad por Europa y se tienen aquí por pestíferos. Se levanta entonces un gran cordón sanitario que no deja libro sano, sobre todo si huele a francés, porque muchos de los censores ni saben este idioma siquiera, pero basta que esté escrito en francés o algo parecido para que un libro sea perverso sin duda alguna.

La religión es un conjunto de ceremonias vacías y de costumbres absurdas y el clero en su mayor parte de fe bastante que desear. Es sobre todo belicoso, misonista y xenófobo. Hay un grupo de libertinos que hacen gala de indiferentismo religioso y despreocupación moral y tienen la casa no sólo ocupada con cuatro modas francesas y un montón de sueños eróticos a las veces un tanto refinados; es la época de los pies pequeños en las mujeres y de los senos en flor, que Goya nos ha pintado. Hay, por fin, un grupo de hombres conscientes; los utópicos, los que el resto del país co-

mentras con humildes modos de actuación racional. «Siendo yo muchacho, todos decían que era peligrosísimo tomar otro cualquiera alimento poco después del chocolate. Mi entendimiento, por cierta razón, que ya entonces acaso no podía explicar muy bien, me disuadió tan fuertemente de esta vulgar apreciación, que me resolví a hacer la experiencia inmediatamente después del chocolate con una buena porción de torzono, y me hallé lindamente, así a que día, como mucho tiempo después; con lo que me reía a mi salvo de los que estaban ocupados de aquel miedo.

Cuando los frailes, a quienes se critica amargamente, no van por delante de todos como en el caso de Feijóo, Feijóo se encuentra con esta situación y no se calla cómodamente, no se queda a medio camino en la crítica cobardemente, sabe bien cuál es su misión; denuncia la injusticia de los campesinos, la ignorancia de los médicos que distinguidos como tomados el pulso a delicadas damiselas, la estupididad de una enseñanza arcaica e uleusaria, las lacras de la nobleza, el clero o el pueblo crédulo y torzador de vaquillas por toda aspiración espiritual, porque en realidad es a lo único a que puede aspirar sin que se sancionen sus ademanes y exigencias.

«Pero este combate no iban a perdonárselo jamás a Feijóo quienes cobraban beneficios de aquella situación y les, pero si tenen alguna idea de su sentido común bajo la anchura de su birrete doctoral, se considerarían a sí mismos delirantes de la sabiduría del mundo entero. Una sabiduría que no podía tolerar, por ejemplo, que a una vieja iluminada la pusieran sus galinas huecos con profecías escritas en las cascacas, sin su doctoral permiso. Solo que Feijóo tuvo suerte. Incluso el rey Fernando VI dicta una ordenanza, prohibiendo escribir contra él. Estos Borbones no se deciden a vacunar a hijos contra la viruela, teniendo por novedades, pero intuyen algo y se vuelven tolerantes primero con ciertos «novendados» y luego les favorecen decididamente. En lo que pueden, porque sus reyes absolutos, pero manejados por señores y adoncellones de sus cortesanos más reaccionarios.

«Un Jovellanos, por ejemplo, será encarcelado y desterrado, el P. Isla persiguido. Olivado tiene que cantar una palinodia más o menos sincera. El P. Feijóo también lo tuvo que hacer por no poder más con aquellos impudicos poderosos, pero pudo morir en su cama, lo que, al fin, no es poco privilegio en hombres de su clase y de su época. Pero, ¿qué podía hacer Feijóo que no fuese exactamente lo que hizo? ¿Qué podía atar de su siglo como por fuerza la misma parcela de vida científica o auténticamente religiosa vivida esta última por un grupo de sacerdotes y seglares con evidente preocupación evangélica y a viento y marea de persecuciones, calumnias e incompreensiones? Todo lo demás era mentira e injusticia. Hay que alabar estos para librarse del sambenito de crítico orquilloso, nefasto y peligroso? Entonces Feijóo se convirtió en un escandalo intolerable:

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

Es que esta gente no se dexa ver sino de noche y a obscuras! Nadie ha podido averiguar en dónde se encierran y ocultan durante el día. El que lograse cojer una madriguera de duendes y las enseñase dentro de una jaula a las diez de la mañana en la Puerta del Sol no necesitaba de otro mayorazgo.

(Francisco de Goya. Pie al capricho 80, según el manuscrito del Museo del Prado.)

## AVISOS PARA NAVEGAR POR EL SIGLO XVIII

«MANSILLA de las Mulass... pueblo murado, derrotado... Todavía hay riego; buena tierra para centeno y lino; cria de potros, mulas y ganado vacuno y lanar. «Como, pues, tanta pobreza? Porque hay baldíos, porque las tierras están abiertas, porque el lugar es del señorío del duque de Alba, porque hay mayorazgos, vínculos y capellanías. ¡Oh suspirada ley agraria!»

(Gaspar Melchor de Jovellanos.)

«No puede ponderarse el furor cruel con que le trataron sus enemigos; baste considerar cuál sería cuando llegó el caso de que un religioso sacó en el púlpito de la historia de Fray Gerundio, y después de aplicar al autor los títulos de impio, sacrilego y atea y asegurar que aquella obra era la más escandalosa y abominable que jamás se había escrito contra la religión, la hizo mil pedazos y los esparció frenético sobre el auditorio que llenaba el templo, y sin embargo, en ella se enseñaba el arte de explicar al pueblo con método, con erudición, con claridad, con gravedad y con el estilo los altos misterios de nuestra religión y los preceptos de su moral santísima.

(Leandro Fernández de Moratín, hablando del P. Isla.)

«En el día 4 de mayo se hizo un extraordinario consejo de guerra contra mi atrozada humanidad, al que concurrieron seis médicos, dos cirujanos y un conjurador que tenía voto en estas juntas, y por toda la comunidad salí condenado a diez ventosas, todas las noches, las que se habían de plantar en mis lomos, costillas, muslos y piernas; así se ejecutó, durante su repetición hasta el día 10 o 12 de junio, que por cuenta matemática salen trescientas y doce ventosas a lo menos. Fue la única operación que cuatro veces con los callos de la cabeza de carnero, con giraplega, catálcan, sal, tabaco, agua del pozó y otras porquerías, que la parte que las recibía las arrojó de asco muchas veces. Los restregones y fregaduras que aguanté, sin las que van siempre reatadas a las ventosas, serían, a buen ojo, ciento y cincuenta. Recibí los pediluvios de Jorge Baglivo siete veces; y, por fin, se ordenó otra junta entre los mismos comensales para conensarme a las unciones.

(Diego de Torres Villarroel.) «Somos cristianos en el nombre, y peores que gentiles en nuestras costumbres: en fin, tenemos más el obscuro calabozo de la inquisición que el tremendo juicio de Jesucristo.»

(«Oración apologetica» de autor desconocido.) «Luego que amanecen huyen, cada cual para su lado, Brujas, Duendes, visiones y fantasmas. ¡Buena cosa

«No se introdujeran o no tomaran vuelo en el mundo tantas figuras si los más de los hombres no vieran una casi ciega fe con lo que leen en los autores. No se examinan las fuentes de donde se derivan a ellos las noticias. No se usa de crítica para discernir lo posible de lo imposible, lo verosímil de lo inverosímil y muy poco tienen los principios necesarios para este discernimiento.»

(P. Jerónimo Feijóo, O. S. B.)

«Dispartar por la mañana de un profundo letargo muchas horas después que el Sol vivificó y puso en movimiento a toda la naturaleza; pasar un gran rato examinando, con la prolijidad que pedirá el negocio más arduo, de qué color convenirá más vestirse en aquel día; otro mayor sentado en una silla mientras que otro ser, que también parece hombre, se ocupa muy seriamente en llenar de polvo y grasa su cabeza, irse luego a una lojía y emplear allí horas... en averiguar en dónde estuvo anoche fulana, con quién bailó citana, y quién la dió conversación al oído, en disputar si Juan hace mejor: bода si Feijóo, si este dique está menos empujado, tiene más o menos renta que aquel conde... y hacerse servir una porción de manjares costosos, que no por eso alimentan mejor... gastar un par de horas pensando donde ir por la tarde... meterse luego entre cuatro tablas para ir a dar cuatro o seis vueltas en el Prado, o a ver matar a una docena de animales feroces; ocupar luego la mitad de la noche en disputar si fueron heridos dos dedos más acá o dos dedos más allá de la nuca, después de haber informado a los Chorrizos han dado cuchillada a los Polacos, o al contrario, y la otra mitad en adivinar si es la bola señalada con el número 30, o la marcada con el 50, o si su compañero estará o no falto de copas o bastos; cenar en fin y echarse en cama hasta otro día.»

(Discurso LXXVII de la revista «El Censor» de 1787. Prohibida.)

«Salamanca, doctísima universidad donde no se enseña matemática, física, anatomía, historia natural, derecho de gentes, lenguas orientales ni otras frioleras semejantes, pero produce gentes que con voz campanuda pondrán sus setenta y siete mil setecientos setenta y siete sílogos en «Baralipón», «Frasesomorom» o «Papesmos» sobre cómo habían los ángeles en su territorio, sobre si los cielos son de metal de campanas, o líquidos como el vino más ligero, y otras cosas de semejante entidad, que Vmd. y yo nunca sabremos, aprenderemos ni estudiaremos.»

(José Cadalso, en una carta a Tomás de Iriarte.)

«Otros defectos tienen no crecidos mas seran unas bestias sus maridos si los sufren y callan, pues cuando piensan se hallan con mujer andaluza o castellana, sin sentir de la noche a la mañana, se les volvia francesa, por cuanto dicen que la moda es francesa.»

Amaneció contenta con su doña, y acostose madama de Borfoña... La que nació en Castilla aunque sea la nona maravilla, no se tiene por bella mientras no habie como hablan en [Marsella.]

(P. José Francisco Isla, S. J.)

## EL SENTIDO DE LA HISTORIA Y FEIJOO

Los escritores que formaron la generación del 98 enseñaron a interpretar la historia con un sentido crítico de la misma. No importa si, tras el honesto examen, ellos iban a abandonarse al ensueño. Las realidades de España fueron vistas con meticulosa exactitud. El amor, el gran amor que éstos hombres sintieron por los seres y las cosas de su patria, no empujaba su afilado análisis. Azorin, Baroja, Unamuno, Machado y los demás se asomaron al brocal del pozo de las realidades. No es extraño, pues, que una de las figuras predilectas del grupo en el pasado inmediato fuera Mariano Asés de Larra. «Figaro» es el más claro antecedente crítico a la posición adoptada por los del 98.

Sin embargo, a pesar de la admiración, no hay excesivas referencias a Feijóo en sus libros... Posiblemente sea Azorin quien más detenidamente se ha parado a estudiar al religioso del siglo XVIII, y repassando los textos de Feijóo, se señalan los más claros perfiles de una interpretación histórica, libre de las hojarasas pedantescas, de las patriotías engañosas y de las cronologías ridículas. El oficio de historiador, como dice el fraile benedictino, no está al alcance de todos. «Un excelente historiador es acaso aún más raro que un gran poeta.»

Entre los numerosos errores que ve Feijóo acechando al historiador, destacan los del estilo, «ni vulgar, ni poético»; otro de los escollos a vencer es, con palabras del gran humorista, que el historiador «en vez de tomar la pluma hacia la cumbre del Olimpo, tuerza el vuelo hacia la del Parnaso».

La pasión por las cosas del país va a hacer que la verdad navegue el mar de la historia siempre entre dos escollos: la ignorancia y la pasión. La visión de Feijóo es de una claridad excepcional en este aspecto: «No sólo un enemigo milita contra la verdad en los escritores nacionales. Quiero decir, que no sólo el amor, mas también el temor, los hace apartar del camino derecho». Aquí toca el escritor con un tema de la más arduamente actualidad. «El partido de religión no es menos eficaz que el nacional, antes mucho más, para desviar la verdad de la historia. Horrorizan las imposturas con que algunos historiadores protestantes manchan las personas de muchos Papas. La ficción de adulterios, simonías, homicidios, ha sido poco para satisfacer su odio contra la Suprema Cabeza de la Religión católica.»

Y por parte de los historiadores católicos la misma actitud; pues «no pocos historiadores católicos cayeron en el mismo vicio». Pasa detalle Feijóo a algunas de las aberraciones de los escritores católicos, entre ellas la de que Lutero nació de un demonio incubo; la de que Mahoma fue «de baja extracción», argumento clasista que nos divertirá mucho si no vieramos lo que hay detrás del mismo: la de que Ana Bolena fue hija de Enrique VIII, y así otras lindes por el estilo.

Se escandaliza justamente Feijóo de encontrar en los tratados históricos de su tiempo las fantásticas predicciones de astrologos, la superstición de quienes debieran ser ejemplo de rigor científico y la charlatanería de tanto curanderero metido a letrado. Si el buen fraile viera, en nuestros días, tanta estupidéz en periódicos y revistas, por medio de esas secciones astrológicas absurdas, posiblemente habría de creer que el tiempo no corría.

La historia no puede ser una colección de fabulas, aderezada a gusto de su creador, en las que se nos lava aquello que no nos pueda interesar, realizando excesivamente aquello otro que nos favorece. Feijóo se inclina por una exposición veraz y contrastada de los hechos, mediante el múltiple cotejo de los mismos, evitando la pasión y la ceguera que da la falta de perspectiva.

ensayos sobre la historia, como en la mayoría de los que tocara su pluma, resplandece un lógico sentido común. Archivar a Feijóo, como curiosidad de archivo y motivo de estudio de una época, me parece absurdo. La investigación histórica ha avanzado sensiblemente desde su tiempo, esto es indudable. Pero en el orden que más quisiéramos apreciar se siguen padeciendo los mismos defectos que hace dos siglos denunciara el gran maestro. La historia que se aprende en los colegios es una retahíla de fechas cronológicas, de victorias propias y desastres ajenos, de culpar a los demás países de la decadencia

nacional y de encender prejuicios xenófobos en la tierna personalidad de los escolares. En otro aspecto, muy doloroso también, la defensa de los principios religiosos se hace mediante el menosprecio, la burla y la calumnia de quienes no mantienen la misma fe.

Otro de los grandes legados de Feijóo es su valentía. Escribir, como él lo hace, es para su tiempo un acto de heroísmo. Desvinculado de todos, sospechoso y vigilado por la Inquisición, sin encontrar ese eco emocional de gentes comprensivas que apoyen su actitud, es algo admirable.

FERNAN MENDY

La agricultura en Feijóo

La agricultura en Feijóo ve al hombre, al maltratado ser que retrata con inmenso dolor, «En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desahabrida que los labradores. Cuatro trapos cubren su carnes, o mejor diré que, por las muchas roturas que tienen, las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro, acompañado o de algún lacticio, o alguna legumbre vil...»

«El Feijóo arbitrista, tras los trenos elegiacos de su pluma, busca-anhelante-soluciones. Alguna de ellas, inspiraba en la más limpia democracia, propone que la agricultura sea estudiada por comisiones de agricultores, con el poder suficiente para plantear al propio Rey las más lógicas soluciones. Otras de sus recomendaciones parecen ser escritas en estos días. «Acaso no hay reino de alguna economía en el mundo que se aproveche menos del beneficio del agua de los rios que España». O, como cuando se adelanta al atroz problema de la emigración, en una de sus páginas más certeras. «Parece que la transmigración de los labradores de unas provincias a otras para el cultivo de los campos y cosechos de los frutos es cosa que necesita reforma.»

El tiempo de Feijóo ofrece el desolado latifundio, parte de él cual es propiedad de la Iglesia y las órdenes religiosas y la otra porción poseída por la nobleza, los grandes señores y los terratenientes. El intrépido fraile aborda con delicadeza, pero sin nhurtar el rostro, el gran dilema de la reforma agraria. Sus conceptos, teniendo presente la situación de su siglo, con tan exactos que pueden ser suscritos hoy día. «...el príncipe, usando del dominio alto que tiene y que justamente ejerce, cuando lo pide el bien público puede ocurrir al inconveniente estrechando las posesiones de tierra, de modo que nadie goce más que la que por sí mismo o por su colonos pueda trabajar, y para el resto de sus territorios se traigan colonos pobres que no tengan qué trabajar en su patria. «Para insistir ya de forma directa que «podemos lamentarnos en España de que hay quienes gozan de tan amplias posesiones que no podían girarla a caballo, y así quedaba gran parte a ser pisada de fieras.»

El mejor calificativo que podemos adjudicar al gran Feijóo es el de la modernidad. El si-

MIGUEL ANGEL PASTOR

LIBRO PARA REGALO

Obra completa

Miguel Delibes

LIBRERIAS MIÑON Y LARA

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda hacer lo que el fraile benedictino hacía en su niñez: protestar contra esas

«El que lee el Padre Feijóo El que traduce francés Y el que usa capirote ¡Hereje! ¡Hereje! ¡Hereje! decía un remoque reaccionario de la época. «Habrá que decir que Feijóo y los otros ilustrados fracasaron? Hasta cierto punto nada más. Sólo hasta cierto punto. Porque, en las épocas más negras de nuestra Patria, habrá siempre un hombre, un puñado de hombres quizás, que con una secreta melancolía, pero con una infinita esperanza también, sigan los pasos de Feijóo, desichador de mentiras que se sienten una bonita misión para un cristiano. Aunque solamente pueda